

de ellos. ⁽¹⁾ Lo que justamente originó la fuerza principal de la política de Augusto, fué la restauración de los templos, la reconstitución del antiguo culto de los dioses en su esplendor deslumbrante, y, por esto mismo, el restablecimiento de la religión del Estado, que constituía la base del gobierno. ⁽²⁾

La mezcla de religiones, la introducción de los cultos extranjeros más extraños y, especialmente, la más absurda superstición oriental, los falsos milagros y la intervención del diablo, prevalecieron tanto, que el Gobierno tuvo que emplear enérgicas medidas para salvar á los dioses de semejante confusión.

Y este estado de cosas, que, de un lado, es la impiedad completa y, del otro, un encarnizamiento salvaje en el culto de los dioses, ¿podía ser en realidad la preparación y aun el desarrollo completo del Cristianismo? Hombres que no creían en nada, en ninguna divinidad, en ninguna verdad, ó que se adherían con fanatismo más grande que nunca, á divinidades como Afrodita, Juno, Isis ¿no sólo hubieran aceptado la religión de la cruz sin burla y desprecio, sino que la hubieran abrazado con entusiasmo y aun inventado? ⁽³⁾ Cosa es ésta difícil de creer ya en sí misma, y la Historia atestigua que nuestra afirmación es verdadera. Como todo el mundo sabe, el Apóstol de las Gentes experimentó justamente lo contrario, ⁽⁴⁾ y la aversión que en nuestros días manifiesta todavía el mundo por nuestra religión, prueba que ella no procede de aquel espíritu, y que nada tiene de común con sus preferencias y sus descubrimientos.

7. *b) Por la filosofía.*—¿Qué la filosofía condujo la época al Cristianismo, si no fué ella quien lo introdujo!... Sin embargo, el mismo Pascal creía que hoy no estaría-

(1) Cicero, *Nat. deor.*, II, 2. Cf. Marivale, *Gesch. der Römer unter dem Kaiserthum*. III, 581 sp.

(2) Merivale, *Gesch. der Römer*, II, 368 sp.

(3) Guéranger, *Sur le naturalisme contemporain*, 36 sp., 357 sp.

(4) I Cor., II, 2.

mos más avanzados que los antiguos filósofos, si hubiesen llegado hasta nosotros. ⁽¹⁾

¡Si siquiera hubiesen podido vivir más tiempo! Pero he aquí que, al finir la antigüedad, casi todos los pensadores, sin excepción, declararon que no era posible vivir más. ⁽²⁾ ¿Cuántos hubo—muy pronto serían contados—que no se suicidasen desesperados al ver la situación? ⁽³⁾ Hemos visto ya hasta qué punto llegaba esto en la persona de los antiguos filósofos. ⁽⁴⁾ El puro nada, el abismo vacío, era lo único que se ofrecía á sus miradas. Querer hacer nacer el Cristianismo de esta filosofía, sería un esfuerzo mayor que el que han intentado Faust y Wagner con el hominíaco.

Además, como ya lo hemos dicho, ⁽⁵⁾ la filosofía no disfrutaba en aquel tiempo de respeto, ni tenía influencia sobre los espíritus. Y lo tenía bien merecido. Pues, á excepción de la filosofía moral, ó, mejor dicho práctica, y de aquí el desarrollo del estoicismo, ¿había algo que mereciese el nombre de filosofía? El eclecticismo de Cicerón era cosa bien intencionada, pero no era en modo alguno una filosofía. La filosofía de moda de los espíritus distinguidos, aquel hinchado escepticismo, del cual son representantes Pilatos en el Evangelio y C. Aurelio Cotta en la obra de Cicerón sobre la naturaleza de los dioses, así como la llamada tercera Academia, tampoco son verdadera filosofía. Esta fué la dirección que Carneades, el más charlatán de los charlatanes, trasplantó á Roma. De él había dicho Climotaco, su discípulo más fiel, que nunca había comprendido lo que su profesor había querido decir. ⁽⁶⁾ Pero sus sucesores practicaron tanto la *Ekepsis*, que dijeron que no se podía saber nada, hasta el punto de ignorar su propia ignorancia. ⁽⁷⁾ Por esto tenía Favorino costumbre de resu-

(1) Pascal, *Pensées*, I, 1. París, Didot, 1866, p. 6.

(2) V. *Conf.*, I, 7.

(3) V. *Conf.* I, 8.—(4) V. *Conf.* I, 12.

(5) V. más arriba, I, 5.

(6) Cicerón, *Acad.*, 2, 40.

(7) Anlo Gelio, 11, 5, 8.

mir toda su sabiduría en estas palabras: «No tienes que preguntarme lo que pienso». ⁽¹⁾ Hacer derivar de tal filosofía el Cristianismo, no es en verdad ningún arte.

Sin embargo, cuando uno sabe arreglárselas como Harnack en su *Historia del dogma* y como Sohm en su *Derecho Eclesiástico*, entonces la hazaña surte efecto. Harnack hace salir el Cristianismo de la nebulosa de Astral, como La Place el Universo. Según él, falta al Cristianismo primitivo toda forma dogmática sólida; ⁽²⁾ toda autoridad determinada; ⁽³⁾ no hay en él—afirma—doctrina eclesiástica, sino sólo concepciones más ó menos flotantes. ⁽⁴⁾ Hasta le parece que el bautismo no existió al principio. ⁽⁵⁾ En el año 200 era «probable» que no existía, por lo menos en Antiocha, ningún Nuevo Testamento. ⁽⁶⁾ Todavía en el siglo III, pudo aprovechar y utilizar sin consideración todo lo edificante. ⁽⁷⁾

Por cierto que el que consiga explicar el origen del Cristianismo, como procediendo de nebulosas que están fuera de nuestro alcance, y su formación por uniones y disoluciones, por el calor y el frío, este tal no encontrará dificultad alguna en probar la aserción de que Cristo había aprendido su manera de considerar el mundo de Pilatos, y Pablo la sugra de Festo. Algo más difícil es para el historiador explicarse cómo fué posible que semejantes nebulosas no estallasen al choque con el coloso de hierro del imperio romano y no se redujesen á polvo.

8. c) Por el Imperio Romano.—Tales viajes por las nubes, que producen vértigo aún al espectador más imparcial, hacen que uno respire con más alivio, al ver que otros espíritus, que cuentan con la realidad, dicen que tal proceder equivale á destornillar la razon y la historia.

(1) Aulo Gelio, 20, 1, 9.

(2) Harnack, *Historia dog.*, (1) I. 99.

(3) El mismo, I, 99.

(4) I, 134.

(5) I, 56.

(6) I, 284, y sig.

(7) I, 237.

Para vencer un imperio como el romano, se necesitaban otros medios y fuerzas mayores; pero éstos, de nadie los había recibido la religión cristiana, sino del mismo Imperio Romano!...

El Cristianismo, se dice—debiéramos preguntarnos si es en serio—se comprende fácilmente cuando se le considera como consecuencia de la política romana, ó como el medio principal de que se sirvió para lograr sus más elevados fines.

Nada más fácil de probar que esto. ¿No era natural que un Imperio tan formidable, que abarcaba tantos pueblos, con religiones tan diversas, intentase encadenarlos á todos á un centro común por medio de una religión común? ¿No es comprensible que, desde el advenimiento del Imperio en particular, se hiciese intolerable el politeísmo y necesaria la adoración de un solo Dios? ⁽¹⁾

¡Qué perjuicio para el Imperio romano, y también para el Cristianismo, que semejantes filósofos no hayan aparecido hasta hoy! Los buenos y los grandes pensamientos tienen con frecuencia la suerte trágica de llegar demasiado tarde; pero llegar casi después de 2.000 años, es verdaderamente imperdonable. ¡Cuántos males hubieran evitado estos sabios! ¡Cuántos servicios hubieran hecho, si hubieran predicado esta sabiduría en tiempos de Nerón! Pero, por cuanto en aquella época no tenían idea de semejante iluminación, los emperadores echaron por tierra sus mejores puntales, y la Iglesia debió ver, en sus primeros perseguidores, á sus padres espirituales. ¡Qué absurdos deben creerse para hacer absurda la fe!

Si jamás hubo obstáculos que se opusieran á que la fe en un solo Dios fuese popular y echase raíces en los corazones, ¿podríase imaginar uno mayor que el que existía, cuando monstruos como Calígula, Nerón y Domiciano se hacían adorar en todo el Imperio como los únicos señores

(1) Draper, *Geschichte der geistigen Entwicklung Europas*. Deutsch von Bareels, 2 Aufl., 1871, p. 194; cf. 198. Friedländer, *Röm. Sittengeschichte*, (1) III, 609.

y dioses? La guerra de Sertorio en España, la de los esclavos de Espartaco, la batalla de Teutoburgo, la guerra de aniquilamiento del pueblo judío y la historia completa del Imperio, desde Trajano, muestran de qué modo aquel círculo de hierro con que el despotismo romano esclavizaba las naciones para fundir en uno todos los pueblos, era inútil para conseguir este resultado. Que una sola piedrecilla se desprendiese en alguna parte del *limes romanus*, y era lo suficiente para que todo el mundo se sublevase, rompiese sus cadenas y se desligase de la unidad del todo.

¿Podríamos creer que el mundo entero inventase una nueva religión y una nueva tendencia de espíritu comunes, únicamente para que su verdugo pudiese dominarlo mejor? ¡Desgraciado del Cristianismo, si los pueblos no lo hubiesen considerado más que como una consecuencia del espíritu romano y un aliado del despotismo romano! Pero aquellos pueblos comprendieron mucho mejor el verdadero estado de las cosas, y de aquí que los que desgarraron el Imperio romano se convirtiesen en los más entusiastas partidarios de la nueva religión.

9. *d) Por el germanismo y las invasiones.*—Sin embargo ¿qué no dice un hombre cuando quiere arrojar de su espíritu algo que le es desagradable? La idea que acabamos de indiciar ha producido precisamente una explicación que ciertamente ha ido á buscarse lo más lejos posible, entre las que tienden á incluir el origen del Cristianismo entre los hechos más naturales; por lo menos, se ha intentado hacerlo.

Después de haber removido todas las ruinas para ver si bajo sus escombros había quedado, como en los sepulcros de las momias, un viejo grano de trigo á medio podrir, por medio del cual pudiera establecerse que la religión cristiana se ha formado con medios puramente naturales, llegóse hasta las tumbas de los hunos, queremos decir, las ruinas producidas por las invasiones. Ese contacto recíproco entre celtas, germanos, eslavos, romanos y griegos, esas emigraciones y esas luchas constantes, dice Carrière,

dieron probablemente origen al sentimiento común de la humanidad, y provocaron en esos pueblos, agrupados en masa, que luchaban llenos de emulación y cambiaban continuamente los productos de su actividad, un comienzo de trabajo civilizador común, el cual, en lo sucesivo, sobrepujó en mucho á todo lo que habían producido esas turbas aisladas y separadas las unas de las otras. ⁽¹⁾ Tales son los gérmenes que acabaron por producir el espíritu católico del Cristianismo. Atribúyese á los germanos, con predilección particular, el honor de haber, si no fundado el Cristianismo, por lo menos de haberlo hecho capaz de convertirse en civilización y religión universales.

No haremos notar que esto equivale á penetrar muy lejos en lo pasado, porque esta fabricación de la historia es ya por sí misma demasiado parcial y demasiado mezquina para poder explicar el hecho más grande de la historia universal. Por cuanto vivimos en Europa, nuestro espíritu de campanario nos hace creer que el mundo entero se enciende, que un mundo nuevo va á nacer y que una humanidad, rejuvenecida y transformada, va á surgir, porque en un rincón de esta pequeña parcela de tierra, algunos individuos se han agarrado por los cabellos. Pero en las luchas entre kurus y pandus, entre persas y turanios, los pueblos quizás se han mezclado en tan gran número como en todas las invasiones. ¿Por qué no ha salido un Cristianismo de esta compenetración? Y luego, ¿qué significa este pequeño epílogo, en comparación de las gigantescas emigraciones que nos recuerdan los nombres de Nino, Sesotris, Nabucodonosor, Jerjes y Alejandro? Parece que en aquella época debería haber habido suficientes frotamientos para dar nacimiento al fuego de una nueva vida, de una nueva religión, de una nueva moral, si tales choques pueden producir cosas semejantes.

Ahora bien, la verdad es que tales movimientos han mostrado siempre que eran la muerte de la religión y de

(1) Carrière, *Die Kunst im Zusammenhang der Culturentwicklung*, (1) III, II, 133.

la moral, antes que su origen. En cuanto al sentimiento de humanidad que esta ligadura mortal se dice haber favorecido, basta recordar la impresión que producían en los romanos los nombres de Cannas, Breno, cimbro y Arminio, y la impresión que producen en los alemanes los recuerdos de Melak y de Jena, y sobre los franceses las palabras de Metz y de Alsacia, para comprender que justamente es lo contrario lo que responde á la realidad.

Al hacer resaltar los méritos inmensos que los germanos se dice que han adquirido después del Cristianismo, no se hace más que indicar en realidad uno de los más grandes obstáculos que se opusieron al triunfo del espíritu cristiano. Que se reflexione, pues, en el gigantesco trabajo que tuvo que hacer la Iglesia para domar un poco, tras largos siglos de lucha, la barbarie y sensualidad de estos francos. Que se lean, pues, los cánones de los concilios celebrados en tierra germánica desde el siglo X, y podremos convencernos del caso que debe hacerse de todos los discursos sobre la integridad primitiva y la vida moral de aquellos buenos germanos. No sería difícil de ver en ellos—por lo menos así lo pensamos—que el germanismo todo se lo debe al Cristianismo, y que el Cristianismo nada debe á aquél, excepto una cosa, á saber, que en su lucha con él, tuvo ocasión de probar que, aun el poder natural más indomable, debe acabar por cederle la victoria, en razón á su influencia dulce é irresistible, porque es sobrenatural.

10. Testamento del mundo antiguo.—Resumamos en pocas palabras la situación del mundo en la época en que Augusto cerró las puertas del templo de Jano, para demostrar que el universo, fatigado de derramar sangre, deseaba el reposo.

Abstracción hecha de un pequeño rincón del mundo, por el que tocaba al Mediterraneo, hacía mucho tiempo ya que el Oriente había terminado su papel. Poco más ó menos, había representado el de una mujer, pero una mujer voluptuosa, espiritual, romancesca, olvidadiza de su dig-

nidad, insaciable de goces, implacable en sus odios, y, á la vez, una red y una tumba para todos los que se acercaban á ella. Fácil es comprender porqué la Biblia se complace en servirse de esta imagen, que nos es tan familiar y que nos choca tanto, la imagen de Babilonia, capital del Oriente. No en vano Semíramis y Cleopatra fueron los dos polos de la historia de este país. El Oriente expiró en medio de calambres, contorsiones, sueños sonámbulos, en los que nadie puede ver con claridad la parte respectiva de la enfermedad, del disimulo y de la influencia diabólica.

Los griegos fueron, y continuaron siendo, lo que los egipcios les reprocharon con razón, á saber, eternos niños, pero niños con sus lados malos. Nunca llegaron á ser hombres. ⁽¹⁾ El niño juega, hace ruido, danza, canta, únicamente por jugar y divertirse. Quiere vivir una vida agradable, y para conseguir este objeto, no escatima esfuerzo alguno. Jamás trabaja por deber; basta que se le recuerde éste, para que inmediatamente abandone el trabajo y no obedezca más. Corre tras lo que brilla. Así lo hacía el griego. Para él la belleza lo era todo. El mismo Aristóteles, aquél árido hombre intelectual, admite que la salud merece más consideración que la belleza; ⁽²⁾ pero, como verdadero griego que era, no vacila más que una joven ligera en decir que se aspira de mejor grado á la riqueza y á la belleza que á la salud, ya que esto reporta más gloria. ⁽³⁾ Lo que produce honor y placer, lo que la propia cabeza inspira, son las únicas cosas que tienen algún valor á los ojos de este niño mimado y terco. En sí, el griego no es tan incapaz, como con frecuencia se le imagina, de darse cuenta de lo que es justo é injusto, pero, como niño que es, no se siente capaz de reunir en un código completo las leyes particulares que la necesidad le ha proporcionado, y menos todavía, de soportar el yugo del derecho. Conoce tan poco la

(1) Platón, *Timæus*, 22, I; Clemente Alex., *Strom.*, 1, 155, 69; 39, 180. Justin., *Cohort.*, 12, Eusebio, *Præpar.*, 10, 4; Crisóstomo, *De S. Babyla c. Julian. et Gentiles*, 19; *in Ephes. hom.*, 12, 3. Cf. *infra*, VIII, 2.

(2) Aristóteles, *Topic.*, 3, 1, 13; 3, 14. Platón, *Leg.*, 1, p. 631, c.

(3) *Ibid.*, *Rhetor.*, 2, 11, 4.

obediencia y la autoridad, que se vanagloria de despreciar toda autoridad. ⁽¹⁾ Aprende de buen grado y con facilidad, pero no aprende más que por aprender, por pasar el tiempo, por brillar, y no para aplicar únicamente á la vida lo que ha aprendido. ⁽²⁾ Comienza sin cesar y no termina nunca. No comprende nada referente al trabajo, á la dominación personal, á la seriedad y prosa de la vida. Comprendese fácilmente que haya perecido Grecia; acabó por falta de inteligencia para las leyes y por exceso de poesía y de juegos.

El romano, por lo contrario, antítesis completo del griego, ha sucumbido bajo la opresión de la ley rígida é inflexible; murió por exceso de prosa. Fué desde el principio un pedante indomable, puro, sin principios morales, un intelectual árido, pero sin ideas elevadas, un doctrinario sistemático, que todo lo pisotea, que todo lo aplasta, sólo para ejecutar sus designios; una especie de brutal brusco y sin inquietud, nacido para maestro de escuela, pero maestro de escuela armado de una barra de hierro, y para ser el carcelero de todo un mundo. Nada son para él el sentimiento y la imaginación; triturar en los otros todo impulso en este sentido, he aquí su verdadero placer. Una ley, una forma jurídica, valen más para él que todo un pueblo. Por una letra, aniquilaría sin escrúpulos al mundo. Todo debe servirle, reportarle utilidad, convertirse en propiedad suya. ⁽³⁾ La dominación y la avaricia son los resortes de su política; ⁽⁴⁾ el principio de utilidad es la única idea que reconoce. ⁽⁵⁾ Así, el derecho condújole á la injusticia más irritante, y el egoísmo á una falta de carácter increíble, y por esto pereció.

Sí, los orientales fueron la mujer, los griegos el niño, los romanos el hombre considerado en sus peores aspectos.

(1) Jenofonte, *Memorab.*, 3, 5, 16.

(2) Platón, *Rep.*, p. 435, e. Sén., *Ep.* 33. Cf. II *Tim.*, III, 7.

(3) Arrian., *Tactic.*, 33, 1 y sig.; 44, 1. Polibio, 6, 25, 11.

(4) Salust., *Epist. Mithridatis ad Arsacem.*

(5) Cicerón, *Offic.*, 2, 24, 85.

Tales eran los puntos de unión naturales que el Cristianismo podía explotar y los gérmenes de que podían desarrollarse su doctrina y su moral, si su origen se hubiese producido por la vía ordinaria. ⁽¹⁾

11. El honor del Cristianismo no consiste en despreciar la antigüedad.—Quizás se nos reproche de ser demasiado duros en nuestros juicios sobre el mundo antiguo; mas, lejos de nosotros semejante intención, pues creemos que esto ni siquiera redundaría en interés de nuestra causa.

Quisiéramos rebajar lo menos posible á la antigüedad, á fin de poder atribuir con mayor facilidad al Cristianismo el papel de un *deus ex machina* que vino á salvarla, cosa, creemos, que no nos sería difícil; pero, con ello, no haríamos ningún servicio á la Revelación. Con frecuencia hemos expresado ya nuestra opinión sobre este punto; mas, de nuevo repetimos que sería una mala recomendación para nuestra fe, querer ponerla en una atmósfera luminosa más brillante, tratando injustamente á la civilización profana, y pintándola falsamente con colores grises y negros. Por lo contrario, yérguese el Cristianismo ante nosotros en toda su grandeza, cuando se deja al mundo lo que le pertenece y cuando éste aparece inundado de luz.

De aquí que, aquellos que elevan desmesuradamente á los antiguos, sirven los intereses del Cristianismo, siquiera sea con la intención bien definida de presentar la nueva religión como fruto natural de la antigua civilización, y lo hacen con tanto mayor éxito, cuanto que sus exageraciones son más evidentes. No vemos, en efecto, peligro alguno para la fe cristiana, si se glorifica á Tiberio como hombre de naturaleza noble y buena, ⁽²⁾ y á Nerón como amigo de la humanidad; ⁽³⁾ ni si se exalta á Antonino Pío como un San Luís, y con la diferencia de que tenía más inteligencia que éste, y aun como el más perfecto de los príncipes

(1) Véase lo que diremos más abajo, XI, 17.

(2) Sthar, *Tiberio*, 305. Sievers, *Gesch. der römisch. Kaiser*, 3, 105.

(3) Bruno Bauer, *Christus und die Cæsaren*, 110 y sig., 318.